

BIBLIOGRAFIA

RECENSIONES

P. BEAUCHAMP y D. VASSE, *La violencia en la Biblia*, Verbo Divino, CB 76, Estella (Navarra) 1992, 65 p.

El cuaderno que reseñamos hace el número 76 de la colección bíblica que viene publicando hace años la Editorial Verbo Divino. Consta de cinco capítulos en los que se combina lo exegético y lo psicoanalítico.

En el primero se recogen las semillas de la violencia, sembradas a lo largo y ancho del Génesis. En Gen 1 sobresale la dominación mansa del hombre sobre el animal; en Gen 9,2, la dominación violenta del hombre sobre el animal, y en Gen 9,25 y ss, la dominación agresiva del hombre sobre el hombre. Desde estos textos se ilumina la historia de la violencia en los capítulos siguientes.

En el segundo, se nos ofrece el «corazón» de la violencia: la idolatría. En este capítulo se hace un análisis de varios textos bíblicos, Levítico 18, 19 y 20, para mostrar cómo YHWH no quiere la violencia. Desde estos mismos textos, se afirma como hipótesis que la violencia no puede comprenderse fuera del decálogo. Al menos, la Biblia no la separa de este contexto.

En el tercer capítulo aparece un diálogo interdisciplinar sobre la violencia en la Biblia entre Beauchamp y Vasse. David y Jesús, finalmente, son traídos a los últimos capítulos. Ambos encarnan y sufren la violencia. David, personaje «tipo» entre violencia y no violencia, manifiesta que la mansedumbre se manifiesta en el mismo teatro en el que reina la violencia. Jesús, al que están referidas las doctrinas contenidas en el sermón de la montaña y en la predicación de Pablo, es el máximo ejemplo de lo que la violencia se capaz de hacer: por una parte, sacrificar una persona en la cruz y, por otra, transformar esa misma violencia, por la violencia del Espíritu, en la violencia transformadora del amor.—GERARDO CORTÉS PADILLA, S.J. Instituto Libre de Filosofía. México, D.F.

CHRISTOPHER CHAPPLE (ed.), *The Jesuit Tradition in Education and Missions. A 450 year perspective*, Scranton: University of Scranton Press. London and Toronto: Associated University Press, 1993, 290 p., ISBN 0-940866-17-X.

Esta colección de ensayos, editados por Ch. Chapple, doctor en Historia de las Religiones por la Universidad de Fordham y profesor en la Facultad de Teología de

Loyola de la Universidad de Los Angeles, quiere conmemorar el 450 aniversario de la fundación de la Compañía de Jesús.

Dieciséis entregas componen este libro homenaje a la Compañía de Jesús, educadora y educada por una inmensa multitud de nuestro pasado y del mundo actual. La primera parte, «La orden de los jesuitas; formación y educación», recoge diez ensayos en los que se estudian con distinta suerte y metodología tanto aspectos clásicos de la educación jesuítica —«Los ideales de la educación jesuítica en el siglo XVI» (Francesco C. Cesareo); «Alfonso Salmerón, S.J.: y el estudio de la Sagrada Escritura (John D. Willis); «La educación jesuítica en América» (Joseph A. O'Hare, S.J.)—, como aspectos nuevos —«Orden social y Reforma social en la Compañía de Jesús» (Peter McDonough); «La contribución de los jesuitas a la cultura de la Modernidad (Peter McDonough); «La contribución de los jesuitas a la cultura de la Modernidad en América Latina» (Allan Figueroa Deck, S.J.) y «La influencia de la espiritualidad ignaciana en las órdenes femeninas de enseñanza en los Estados Unidos» (Margaret Gorman, R.S.C.J.)—.

La segunda parte, titulada «La tradición jesuítica: historia, misiones y visión cultural», nos ofrece perspectivas renovadoras sobre las primeras misiones en el Perú (Luis Martín), en el Paraguay, donde tan importante fue la enseñanza de la música y del arte (T. Frank Kennedy, S.J.), en las misiones del Pacífico (Gerald McKeivitt, S.J.) y en África (John Orr Dwyer), se cierra con un penetrante estudio en el que se compara el argumento moral de Roberto Nobili con la educación jesuítica de hoy (Francis X. Clooney, S.J.).

Lo más significativo del libro no es la perspectiva que nos ofrece de la evolución de la educación y de las misiones jesuíticas, sino la impregnación, el cambio, la evolución y hasta los nuevos derroteros a los que la Compañía de Jesús se está viendo sometida en la actualidad en tanto en cuanto prosigue su cuatro veces centenaria misión en contacto permanente con problemas, situaciones y culturas muy distintas a las de su origen y constitución.—ALFREDO VERDOY. Universidad Autónoma. Madrid.

MANUEL TERUEL GREGORIO DE TEJADA, *Vocabulario básico de la Historia de la Iglesia*, Crítica, Barcelona 1993, 483 p., ISBN 84-7423-574-X.

El interés por la Historia de la Iglesia no es nuevo. Factores como una visión más íntegra y múltiple de la historia, una mayor interdisciplinariedad, así como una cierta renovación en la teología de la Iglesia Católica han determinado y hecho posible el renacimiento de temas eclesiásticos y eclesiales en Universidades y Congresos.

Este creciente interés por la historia general ha generado que temas hasta ahora tratados por historiadores eclesiásticos, es decir, miembros de la Iglesia y de las Ordenes religiosas, sean estudiados ahora desde perspectivas distintas por otros historiadores. En este sentido, temas hasta ahora olvidados o menospreciados han adquirido carta de naturaleza. No es raro que en nuestras Facultades de Letras, Derecho y hasta Ciencias Económicas nos tropecemos con cursos y seminarios volcados en el análisis de temas íntimamente relacionados con personajes, asuntos y problemas en otro tiempo estudiados en la práctica únicamente por eclesiásticos.

Con todo, queda mucho por hacer. El libro de Manuel Teruel, *Vocabulario básico de la historia de la Iglesia*, en línea y en conexión con otros vocabularios básicos

editados por Crítica, quiere ser ante todo un intento para favorecer la familiarización con el lenguaje histórico-eclesiástico de los que se inician en estos temas y también para los no especialistas.

Como en los otros diccionarios citados, en los que dice haberse inspirado, se presentan cincuenta voces. Su tratamiento en terminología del autor es «transecular», es decir, el contenido de cada una de las voces comprende la totalidad de lo acontecido durante el tiempo que estuvo vigente la institución o la estructura que se analiza.

Las cincuenta voces seleccionadas, ordenadas alfabéticamente, se pueden agrupar, a su vez, en tres campos: económico, estructural y social. La palma se la llevan las económicas: agencia general de preces, anatas, beneficio eclesiástico, Cámara Apostólica, capellanías, colectoría eclesiástica, cruzada, diezmos y primicias, expulidos y vacantes, fábrica de iglesia, limosnas, millones, patrimonio de la Santa Sede, patrimonio diocesano, pensiones, regalías, señoríos eclesiásticos, subsidio, tasas came- rales, usura y voto de Santiago. Le siguen las que estudian aspectos organizativos de la iglesia: cabildo, cardenal, colegiata, concilio, concordato, consistorio papal, curia eclesiástica, diócesis, diplomacia pontificia, diplomática eclesiástica, jerarquía eclesiástica, monasterio, parroquia, potestad eclesiástica, seminarios conciliares, tribunal eclesiástico, vicariato castrense, vicario eclesiástico y las que se ocupan de los misterios o aspectos vocacionales de la iglesia y de los eclesiásticos: cura de almas, estados de perfección, ordenación, órdenes militares, órdenes monásticas. Quedan, por último, un tanto relegadas al olvido las que estudian aspectos sociales, asistenciales, religiosos propiamente dichos y doctrinales.

El tratamiento «transecular» del que ha hecho gala el autor le ha llevado a una excesiva generalización, que provoca cierta confusión. Advértase, por otra parte, en muchos de los términos analizados una excesiva dependencia del Diccionario de Historia Eclesiástica de España, así como un total olvido, por contraste, quizá por desconocimiento del Diccionario de Derecho Canónico, editado por Carlos Corral y José María Urteaga, profesores ambos en la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Pontificia Comillas, y editado por Tecnos en 1989, que hubiese completado sin duda el contenido de los términos jurídicos y estructurales elencados más arriba.

La justificación del autor para no tratar temas que él mismo llama asistenciales y religiosos hace que este vocabulario básico quede empobrecido al faltarle voces tan importantes y trascendentales para los estudiosos de la Historia de la Iglesia como breves, bulas, devociones, fraternidades, herejías, órdenes religiosas, misiones, teocracia, teología, universidades.

La bibliografía utilizada es abundante en aquellos temas que el estudioso más o menos conoce y que, por tanto, no la necesitaría, y escasa, en cambio, en aquellos que desconoce. Los repertorios bibliográficos que el autor conoce son demasiado generales y economicistas, olvidándose de la abundantísima bibliografía italiana y de las ricas aportaciones de los ingleses.

Estas críticas no desmerecen los méritos de este vocabulario básico. En líneas generales, el autor creemos ha conseguido sus objetivos: familiarizar al estudioso con el lenguaje histórico-eclesiástico. Aunque a decir verdad la imagen que de la Iglesia y de los eclesiásticos resulta es parcialmente económica y economicista.—
ALFREDO VERDOY.

MARÍA F. NÚÑEZ MUÑOZ - F. DÍAZ DE CERIO, S.J., *El bienio progresista (1854-1856) y la ruptura de relaciones de Roma con España según los documentos vaticanos*, Universidad de La Laguna, Secretariado de Publicaciones, Colección Investigación (La Laguna 1993), 782 p., 25×16 cm., ISBN 84-7756-381-0.

Los autores de esta obra han utilizado una metodología semejante a la que emplearon en la publicación de las *Instrucciones secretas a los nuncios de España en el siglo XIX (1847-1907)*, Roma 1989 [cf. Estudios Eclesiásticos 65 (1990) 227]. En ambos libros nos ofrece un amplio elenco documental, acompañado de la correspondiente introducción histórica. El resultado es muy satisfactorio, tanto por la publicación de fuentes inéditas como por la presentación objetiva que de ellas se hace.

El bienio progresista es una de las parcelas más interesantes y desconocidas de nuestra historia contemporánea. El tema de las relaciones Iglesia-Estado durante ese período apenas ha merecido la atención de los historiadores. El libro que presentamos llena, en parte, esa laguna. La larga introducción histórica, de 167 páginas, desarrolla en cuatro capítulos la política religiosa del bienio, vista a través de los informes de la Nunciatura y de las reacciones del Vaticano. El capítulo primero hace una crónica de la Revolución de 1854 según los informes de Alessandro Franchi, Encargado de Negocios de la Santa Sede. El capítulo segundo estudia las relaciones diplomáticas con los sucesivos gobiernos del bienio. El tercero analiza la causa de la ruptura entre la Santa Sede y España, y el cuarto se ocupa del cese de relaciones, que culmina con la marcha del representante vaticano en julio de 1855, y las justificaciones y réplicas se cruzaron entre ambos gobiernos.

La exposición histórica de aquellas tensas relaciones está hecha con sobriedad, al hilo, como se ha dicho, de los informes enviados por el representante pontificio. Con ello se consigue un conocimiento exacto de los criterios y actuaciones de la Santa Sede en aquella crisis, y de la causa que motivó la ruptura de relaciones, que no fue otra que el incumplimiento sistemático y unilateral del Concordato por parte del gobierno español. Franchi no actuó como un diplomático intrigante. Se mostró veraz en sus informes, perspicaz en el análisis de la situación, cauto y prudente en sus gestiones; aunque no podía negar la antipatía y el temor que le causaba el nuevo régimen desde sus orígenes: «tenga V. por seguro —escribía a Antonelli— que el Concordato va a ser batido con encarnizamiento». Eso fue lo que sucedió y lo que, en definitiva, motivó la ruptura. Los autores hacen una exposición impecable, casi aséptica, del comportamiento de la Santa Sede, y cotejan los argumentos de ésta con los que ofrecía el gobierno, empeñado en demostrar que no había existido quiebra del Concordato.

El apéndice documental (p. 169-773) consta de 114 documentos muy bien seleccionados, que se transcriben en su lengua original con todos los requisitos científicos. Proceden, en su mayoría, del Archivo Vaticano (fondos de la Secretaría de Estado y de la Nunciatura de Madrid). Hay 59 despachos de Franchi a Antonelli, y 20 respuestas de éste a aquél, además de otros documentos cruzados entre Franchi y los Ministros de Estado (Pacheco, Luzuriaga y Zavala) y entre Antonelli y el Embajador español en Roma (Pacheco). Entre estos documentos se destaca la *Declaración* del Ministro de Estado, Juan Zavala, de 22 de julio de 1855 (p. 593-605), y las amplísimas *Osservazioni* que la Santa Sede envió como respuesta el 26 de diciembre de 1855 (p. 629-739). Se publican también varios documentos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, entre los que destacan las instrucciones de los Ministros de Estado al Embajador Joaquín Francisco Pacheco.

La publicación de estos documentos y la introducción que los precede nos ofrecen

una obra histórica más informativa que interpretativa. Los datos están ahí, con toda su riqueza, al alcance de los estudiosos. La introducción es una guía sobria y ajustada que, a semejanza del plano de una ciudad, sitúa cada documento en su lugar preciso, dentro del cuadro histórico de conjunto. Este género historiográfico está plenamente justificado. Los autores nos brindan la masa documental con toda su riqueza y dejan que el lector juzgue y saque conclusiones.

Está claro que el gobierno español había roto el Concordato. Y que la Santa Sede juzgó que aquellas infracciones justificaban la grave medida de retirar el Nuncio. Asentados estos hechos incontestables, son muchas las consideraciones que asaltan al lector que medita sobre la política religiosa del bienio. Permítansenos apuntar algunas. La política religiosa del bienio ocupa un lugar de transición entre el viejo y regalismo de los primeros liberales (cuyos resabios conservan todavía los ministros José Alonso y Joaquín Aguirre) y el librecultismo de los liberales más avanzados y radicales, como eran, entonces, los demócratas. En el bienio se planteaba por primera vez la crisis de un Concordato que, a pesar de su categoría de ley del Estado y tratado internacional, no podrá resistir los principios jurídicos del régimen liberal. La unidad católica impuesta en el Concordato se oponía radicalmente al principio de libertad religiosa defendida por el liberalismo radical. De momento se implantó la tolerancia de cultos, que los liberales del bienio no consideraban incompatible con la confesionalidad católica. La historia se repetirá en 1876. Y se enconará en 1868 y en 1931, cuando la libertad religiosa primero y la separación hostil después arrasaron el artículo 1.º del Concordato. Los argumentos básicos sobre la unidad católica, la tolerancia religiosa o la libertad de cultos se expusieron ya en las Cortes de 1855, en las que se manifestó la inviabilidad que, a la larga, había de tener el sistema de la unidad religiosa excluyente, incompatible con la tabla de libertades individuales defendidas por el liberalismo dominante.

La desamortización de los bienes eclesiásticos impuesta en la ley de 1 de mayo de 1855 fue denunciada por la Santa Sede como otra grave violación del Concordato. Y sin duda lo fue, por más que se dijera que a la Iglesia no se le quitaban sus bienes, sino que sólo se cambiaba el sistema de propiedad, al darle títulos de la deuda por las fincas. Se comprende que la Santa Sede se sintiera profundamente defraudada al ver que un Concordato que había costado laboriosas negociaciones se violara a los cuatro años de haberse firmado en 17 puntos (nota de 26-5-1855, en p. 565). Pero hay que comprender también las razones del gobierno español, que se veía obligado a cumplir, como decía Pacheco, «una nueva legalidad», amenazado por las presiones revolucionarias, y necesitado de recursos económicos para salvar la bancarrota. En aquella tesitura se propone una reforma del Concordato, reforma que, ante las reticencias lógicas de Roma, se intenta provocar, adelantando hechos consumados. Cuando al final se temía la ruptura de relaciones diplomáticas, el gobierno español, por boca de un Ministro de talante moderado, como Juan Zavala, se mostraba dispuesto a ceder ante la Santa Sede en todas las cuestiones, excepto en la ley de desamortización: «En todo lo que no sea modificar la ley de desamortización el Gobierno puede ceder, V.E. puede dar esperanzas de que cederá: en todo lo que sea de forma o secundario V.E. puede y debe ceder siempre» (El Ministro de Estado al Embajador en Roma, Madrid 3-7-1855, p. 156, doc. n.º 91/a). Si a la Santa Sede le resultaba inaceptable admitir la nueva desamortización, al gobierno español, en aquellas circunstancias, le resultaba imposible dejar sin cumplimiento una ley que las Cortes acababan de aprobar. La Santa Sede prefirió la ruptura de relaciones, lamentada por el gobierno. Fue una decisión muy discutida entonces, según la ideología de cada comentarista. No deja de ser significativo que,

cinco años más tarde, cuando la reacción moderada había barrido de la escena a los progresistas, y gobernaban los unionistas del General O'Donnell, la Santa Sede aceptó un convenio adicional al Concordato (4 de abril de 1860) en el que se aceptaba la desamortización de los bienes eclesiásticos bajo el mismo sistema implantado por la ley de 1855. La Santa Sede aceptó al cabo lo mismo que había rechazado cinco años antes. Pedir modificaciones del Concordato no era descabellado, especialmente cuando lo exigían las circunstancias.

Por último, cabe mencionar el buen número de noticias contenidas en documentos tan abundantes como los que se publican en este libro. Unas constituyen novedades; otras, sin serlo, añaden matices y detalles a cosas conocidas. Ejemplo de ello son las pinceladas con las que Franchi describe la actitud de la Reina Isabel, que quiere y no puede defender a la Iglesia. Lo primero que iba a decir a Espartero era que no tocase a la Iglesia, pues estaba decidida a no firmar ningún decreto hostil a ella. Se disgustó mucho cuando nombraron Ministro a Alonso, porque «sabía que era un impío». Al aprobarse en las Cortes la tolerancia religiosa manifestó «que no permitiría durante su reinado que se manchase, ni aun ligeramente, la religión católica». Amenazó con renunciar a la Corona si se cometían atentados contra la Iglesia, «interesándole más la salvación de su alma que el Trono». A pesar de todo se vio obligada a firmar decretos que aborrecía. Ella y el rey lloraron a lágrima viva cuando se despidió el representante del Papa. Pío IX se mostró muy comprensivo con la pobre Reina. Pero se mantuvo inflexible con el régimen y el gobierno progresista de la Nación.—M. REVUELTA. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

FRANCO DÍAZ DE CERIO, S.J., *Índice-catálogo del fondo de la Nunciatura de Madrid en el Archivo Vaticano (1794-1899)*. Tomo I: 1794-1840. Tomo II: 1847-1875. Tomo III: 1875-1899. Roma, Iglesia Nacional Española, Pontificia Universidad Gregoriana 1993, 566, 606 y 702 p., 25×17,5 cm., ISBN 84-7009-293-2.

Cuando el P. Díaz de Cerio publicó el *Regesto de la correspondencia de los obispos de España en el siglo XIX con los Nuncios*, ponderamos el mérito extraordinario de aquella obra y su utilidad para los investigadores [cf. *Estudios Eclesiásticos* 60 (1985) 377]. El *Índice-catálogo* que ahora nos ofrece merece los mismos elogios por su exactitud, claridad y utilidad. Lo primero que sorprende es su magnitud. Se reseñan allí todos los fondos de la Nunciatura de Madrid, en las fechas indicadas, a excepción de la correspondencia de los obispos (ya publicada en el aludido *Regesto*), y de los despachos o correspondencia diplomática de los Nuncios con los Secretarios de Estado y las diversas Congregaciones Romanas, cuya publicación ha iniciado ya Vicente Cárcel. Falta también la reseña de las cartas de los Nuncios a los obispos, sacerdotes y seglares, reseña que el autor ha realizado y nos promete publicar en breve.

La amplitud de la materia reseñada queda patente en el espesor de los tres tomos, en los que se da cuenta pormenorizada del material contenido en 107 volúmenes y 465 cajas del Archivo de la Nunciatura, de contenido muy amplio y variado. La metodología utilizada para el control y localización de esa gran masa documental ha sido muy acertada. Primero se ofrece un índice con el número original de las cajas y el contenido general de cada una, tal como viene indicado en los títulos originales en italiano, cuando los hay, o en castellano. Sigue después la reseña pormenorizada de todos los documentos contenidos en cada tomo o caja. En cada una se consignan las firmas usadas en el Archivo Vaticano: secciones, títulos, fascículos

y números. Además de estas referencias clásicas (que son las que se deben usar para la consulta de los documentos), el autor ha añadido unos números marginales (4.605 en total) que distribuyen la materia en unidades más uniformes y se citan en el índice general para facilitar la localización rápida y cómoda del asunto buscado. La formulación del contenido de cada documento se ha hecho con objetividad y consciencia. Cuando el documento lleva el título original (generalmente en italiano) se transcribe literalmente. Como, a menudo, ese título se queda corto, el autor ha añadido los datos necesarios para poder desentrañar el contenido de cada expediente. Esta labor resulta todavía más útil cuando faltan los títulos originales, lo que sucede muy a menudo.

La catalogación se completa con un índice de materias detalladísimo y fácil de manejar, al final de cada uno de los tres volúmenes. Estos índices llenan un total de 325 páginas, que contienen aproximadamente unos 15.000 nombres. La mayor parte de ellos son de personas. Entre los nombres geográficos tienen especial importancia los de la diócesis. Cortos en número, pero riquísimos en contenido; son los nombres que hacen referencia a conceptos fundamentales, entre los que merecen destacarse los de asociaciones, cofradías, congregaciones, cabildos, clero, congresos, diócesis, obispos, religiosas, religiosos, libros, periódicos, santuarios, etc. Bajo el nombre de España se incluyen los sucesos políticos más relevantes. En la masa documental reseñada en este *Índice-catálogo* aparecen importantes noticias y documentos sobre los sucesos políticos nacionales e internacionales, pero tenemos la impresión de que esas noticias políticas no sin aquí las más abundantes, pues la información sobre ellas se encuentra fundamentalmente en la correspondencia diplomática de los Nuncios. La información, en cambio, es abundantísima sobre todos los asuntos concernientes a la política eclesiástica, la ejecución del concordato, la práctica de la vida católica, las formas de apostolado y acción social y, sobre todo, la restauración de las órdenes religiosas.

El material reseñado en este *Índice-catálogo* es, seguramente, el más complejo de todos los fondos de la Nunciatura de Madrid, el más difícil de localizar y, por lo mismo, el más necesitado de una guía completa y segura como la que acaba de ofrecernos el P. Díaz de Cerio. Nunca le agradeceremos suficientemente el gran trabajo que nos ha brindado. Es obra de años enteros de una labor abnegada, construida día a día, con mente ordenada y paciencia infinita. Gracias a ello el investigador del siglo XIX español puede permitirse el lujo de acudir el gran Archivo Vaticano con la seguridad de encontrar una pista segura sobre una persona, un acontecimiento, una localidad. Las guías de Cerio hacen posible el hallazgo de la aguja en el pajar. Si está allí lo que buscas, lo encontrarás. Con otras muchas cosas curiosas que te saldrán al paso sin buscarlas, pues todo Archivo es una caja de sorpresas.—
M. REVUELTA.

BALBINO VELASCO BAYÓN, O. CARM, *Historia del Carmelo español. T. II. Provincias de Cataluña y Aragón y Valencia. 1563-1835* (Textus et Studia Historica Carmelitana, XVIII). Roma, Institutum Carmelitanum, 1992, 679 p., ISBN 88-7288-027-0.

El P. Velasco, carmelita e historiador, y para más señas miembro del Instituto Carmelitano de Roma, es un consumado especialista en la historia de su orden. Lo ha demostrado con obras como la ya agotada biografía de Miguel de la Fuente O. Carm, 1563-1626, editada en Roma en 1970, y con la más reciente entrega cientí-

fica sobre los primeros años de San Juan de la Cruz, *De Fontiveros a Salamanca, pasando por Medina del Campo*, Madrid 1991. Da ahora luz pública al segundo tomo de la Historia del Carmelo Español.

En él se estudia la historia del Carmelo en los territorios españoles del Reino de Aragón, es decir, en las provincias de Cataluña, Aragón y Valencia entre 1563 y 1835.

Este segundo volumen viene precedido de un Índice General. En él se presentan las fuentes manuscritas usadas en la obra y una amplísima bibliografía, utilizada en no menor medida que las ante dichas fuentes. En consecuencia, nos encontramos ante una obra de especialización y de alta investigación. El dominio y uso de las fuentes y de la bibliografía del que hace gala Velasco es de primer orden. Todo cuanto se afirma en el texto queda inmediatamente corroborado con la autoridad de las fuentes.

Dos son las partes en las que se ha dividido la obra. La primera, estudia la vida carmelitana en la provincia de Cataluña; la segunda, el discurrir de los carmelitas en las provincias de Aragón y Valencia.

En ambas partes, tras presentar las nuevas fundaciones, se estudian la vida conventual, el apostolado, la actividad de las cofradías, la tercera orden; los vaivenes económicos, la repercusión de las guerras sobre todo en la provincia catalana. Además, y este es uno de los logros del presente libro, se rescatan del anonimato y del olvido muchos religiosos carmelitanos como José Ximénez, los obispos Anastasio Vives y José Vicente Díaz Bravo, el teólogo Raymundo Lumbier y los escritores espirituales Jaime Montanez y Juan Sanz. Por último, se nos ofrece lo que significaron a nivel político y religioso las medidas desamortizadoras y sus repercusiones en los exclaustros y exclaustros. No se olvida tampoco de los conventos de las carmelitas de clausura. A ellas dedica dos interesantes capítulos.

Cierra la obra un completo y riguroso índice y una sección fotográfica. Echemos en falta, no obstante, un pequeño glosario de términos carmelitanos y conventuales que harían más amena y fácil la lectura de esta obra.

El gran valor de esta obra es que nos acerca y nos hace vivir la vida carmelitana, ofreciéndonos, además, referencias bibliográficas y documentales para seguir profundizando en el conocimiento de nuestra historia y espiritualidad.—ALFREDO VERDOY.

JOSÉ MANUEL ORDOVÁS, *Historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. De la Dictadura a la Segunda República, 1923-1936*; y MERCEDES MONTERO, *Historia de la Asociación Nacional de Propagandistas. La construcción del Estado Confesional, 1936-1945*, EUNSA, Pamplona 1993, 335 y 386 p., ISBN 84-313-1235-1.

Instituciones como la que se estudia en los dos volúmenes que ahora presentamos son de especial importancia para el conocimiento del tradicionalismo y del catolicismo contemporáneo español.

Ambos volúmenes, prologados por el Doctor Gonzalo Redondo, catedrático de Historia Contemporánea en las Facultades de Ciencias de la Información y Teología de la Universidad de Navarra, nos presentan de una manera excesivamente sintética la historia de la Asociación Católica de Propagandistas.

Todos hubiéramos deseado que la historia de la Asociación (ACN de P) hubiese abarcado sus momentos fundacionales (1908), tal como surgió de la mente organizativa de su fundador, el jesuita padre Angel Ayala.

Simplificando, tanto el tomo escrito por José Manuel Ordovás como el redactado

por Mercedes Montero no pasan de ser una glosa y una amplificación del Boletín de la Asociación. El uso del mismo es excesivo. En muchos momentos uno tiene la impresión de estar leyendo directamente el Boletín; perdiéndose y diluyéndose, en consecuencia, la historia real de la ACN de P. Lo que estos dos libros nos ofrecen no deja de ser pequeñas noticias, referencias indirectas, alusiones personales y políticas, documentos pontificios y episcopales que ocultan la verdadera historia de los Propagandistas.

Nos extraña mucho que tanto Ordovás como Montero no se hayan servido de los archivos particulares de los propagandistas, ni tampoco de los archivos, que ciertamente existen y funcionan bien, de las instituciones relacionadas con la ACN de P como la Compañía de Jesús, la Acción Católica en sus diversas etapas, «El Debate», «Ya», «Ecclesia», el CEU, y el Colegio Mayor San Pablo, etc. De haberlos utilizado el resultado de sus investigaciones hubiese sido muy otro. Hoy conoceríamos mucho mejor la ACN de P y no tendríamos que seguir dependiendo a la fuerza de la tendenciosa obra de José Luis Simón Tobalina (1973) y complementaríamos las excelentemente informadas y redactadas obras de José María García Escudero.

Todo lo que se diga a continuación por importante que sea no deja de ser algo accidental. Nuestro desconocimiento de la ACN de P apenas si se ha colmado. El estudioso tiene graves dificultades para conocer las entrañas y la intrahistoria de este movimiento.

En el tomo primero, escrito por Ordovás, se estudia el devenir de la ACN de P de la Dictadura a la Segunda República, aunque más bien, para salvar el equívoco del título, habría que decir hasta la guerra civil. En los dos primeros capítulos se presenta la naturaleza de la ACN de P, así como su definición, siempre a través de su Boletín. Los dos siguientes están dedicados al estudio de la ACN de P bajo la Dictadura de Primo de Rivera. Durante estos años, los propagandistas de la mano de Angel Herrera Oria se promocionaron de tal manera que tal como Ordovás demuestra sus ideas políticas inspiraron el funcionamiento de la Unión Patriótica, así como el derecho sobre la organización corporativa del trabajo, las leyes de educación y reforma universitaria del ministro Callejo.

El papel de la Asociación durante la crisis de la monarquía y el advenimiento de la República, capítulo quinto, son tratados, sin salirse de los márgenes marcados por el Boletín de la Asociación, por El Debate y por García Escudero, de una manera general y tópica. El bienio azañista, capítulo 6, supuso para la Asociación nuevos replanteamientos y la discusión interna si convenía o no la constitución de un partido católico, auspiciado por los miembros de la Asociación, y hasta qué punto ésta debía estar involucrada con su comportamiento en el exterior. En el fondo se seguía dependiendo de los Estatutos de 1924 y del rigor y control con el que maneja la dirección Angel Herrera.

En el capítulo séptimo se estudia la vinculación de la ACN de P con la Acción Católica, vinculación que marcará el futuro de la Asociación, y se ofrecen las claves de su parcial recuperación, aprovechando los gobiernos de Lerroux y Gil Robles; recuperación que supuso el nacimiento del CEU, la reorganización de las Semanas de Estudios Sociales, las luchadas Campañas Sindicales y la enervante propaganda política de la CEDA. En el octavo y último capítulo se presenta globalmente y sin apenas matices la revolución de octubre de 1934 y el año y medio posterior que llevó al alzamiento nacional y a la guerra; lo más destacado para la Asociación fue la incorporación al gobierno presidido por Gil Robles de José Aizpún y Cándido Casanueva a los Ministerios de Industria y Justicia, respectivamente, así como el cambio de dirección y relevo de Angel Herrera.

El segundo volumen sigue las pautas del primero, aunque cosa curiosa en ningún momento ninguno de los dos se aluden ni una sola vez. Tras un primer capítulo en el que se recogen las consecuencias que el alzamiento y el comienzo de la guerra supusieron para los propagandistas: la muerte de una sexta parte del total de sus afiliados, 488, y la pérdida de la Editorial Católica, se ofrecen en los capítulos segundo, tercero y cuarto el desarrollo de su XXIII Asamblea Nacional, tenida en Burlada (Navarra) entre el 20 y el 24 de marzo de 1937, las ofertas de colaboración con la España franquista y los preparativos para la paz en los últimos meses de la guerra. Esta Asamblea marcará los destinos de la ACN de P: sus miembros se identificarán con la España nacional, aunque advertirán los peligros que una política demasiado laicista y estatalista pueda tener en estos y en futuros momentos de cara a la pacificación total de España.

El capítulo quinto recoge los esfuerzos de los propagandistas en la construcción del nuevo Estado confesional. Tres de sus miembros: Pedro Gamero del Castillo, José Larraz y José Ibáñez Martín, fueron miembros del primer gobierno que Franco constituyó el 15 de agosto de 1939. Esta colaboración supuso para la ACN de P el reconocimiento del Centro de Estudios Universitarios (CEU) y la confianza de la Jerarquía eclesiástica que hasta ese momento habían visto críticamente su independencia durante la República.

Logrado su reconocimiento, entre los años 1940 y 1942 la ACN de P, siempre dirigida por Fernando Martín Sánchez, crítico y no siempre en buenas relaciones con Angel Herrera, pondrá en marcha la nueva Acción Católica, abogará por la acción conjunta de todas las fuerzas católicas, aunque éstas sean las Congregaciones Marianas dirigidas fiera y celosamente por los jesuitas, refrenará en lo posible las tendencias totalitarias del nuevo Estado confesional, pondrá todo su empeño, siguiendo sus más prístinos orígenes, resumidos en la máxima de su presidente Martín Sánchez: «La consigna debe ser opositar a cátedras», en colocar sus mejores hombres en las cátedras universitarias y, por último, imbuidos sus hombres por cierto espíritu cristiano, se esforzarán por lograr la reconciliación nacional.

El trienio que va de 1942 a 1943 culmina la etapa anterior con el nombramiento de Alberto Martín Artajo como ministro de Asuntos Exteriores y de José María Fernández-Ladreda como ministro de Obras Públicas. Todo un logro en una España católica, necesitada de hombres preparados religiosa y profesionalmente a la vez que curtidos en la acción y evangelización. Algo que ciertamente, pensamos, no desaprobó el padre Ayala y de lo que se alegró hondamente Herrera.—ALFREDO VERDOY.

GONZALO REDONDO, *Historia de la Iglesia en España, 1931-1939*. Tomo I, *La Segunda República (1931-1936)*, y Tomo II, *La Guerra Civil (1936-1939)*, Ediciones Rialp, Sociedad Anónima, Madrid 1993, 558 y 671 p., ISBN 84-321-2984-4 y 84-321-3016-8.

Gonzalo Redondo nos ofrece en dos amplios volúmenes una visión panorámica de la historia de la Iglesia española durante la Segunda República y la Guerra Civil. Los materiales empleados en uno y otro son fundamentalmente bibliográficos, con dependencia quizá excesiva en el primero del Arxiu Vidal i Barraquer y en el segundo de De la Cierva, Rodríguez Aisa, Hilari Raguer, Marquina Barrio, Cárcel Ortí y los comentaristas de la obra del cardenal Isidro Gomá y Tomás. El uso y abuso de estas y otras fuentes de igual naturaleza hacen que la obra que ahora comentamos tenga un perfil sesgado en el que quedan fuera elementos que hubiesen

resultado interesantes para una mejor comprensión y análisis de esta parte de nuestra historia.

Salvado este obstáculo del que nadie puede librarse, esta nueva entrega de G. Redondo debe recibirse agradecidamente porque viene a llenar un hueco y a completar estudios particulares y parciales del devenir de la Iglesia española en la década de los treinta.

En el primer volumen, el dedicado a la Segunda República, el autor, dejándose llevar por su condición sacerdotal y por su peculiar modo de entender la historia, nos ofrece una larguísima introducción (p. 15-127) bajo el título: «Iglesia, Estado y sociedad en el mundo moderno». Dicha introducción, en la que el autor busca un doble objetivo: situar al lector ante el cuadro amplio de la Historia y advertirle, desde la crisis de la cultura de la Modernidad, la naturaleza singular de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, asistida de forma constante por el Espíritu Santo y a la que nada afectan en su esencia las alteraciones inevitables de las culturas humanas, se hace un repaso, bastante singular por cierto, de la modernidad y de los progresos de la libertad. Analiza la Reforma Protestante, los avances de la secularización en España, la aparición de la masonería como ideología de la modernidad, el progreso como secularización de la providencia, la democracia y los sistemas democráticos...

En el resto del volumen, dividido en cinco capítulos, se hace un recorrido de la iglesia española durante la Segunda República. En el primero de estudia la República y la Iglesia, (p. 131-243); en el segundo y tercero las diferentes actitudes que los católicos tradicionalistas y liberales o modernistas tuvieron ante la República (p. 245-354 y 355-400); en el cuarto, bajo un expresivo título: «La amenaza de una revolución comunista» (p. 401-510), se pasa revista al segundo bienio republicano; terminándose con unas pocas páginas (511-517) en las que se ofrece un magro balance de estos cinco años.

Echamos en falta que Redondo haya pasado de largo por el casi año y medio que va desde la dejación del gobierno por Primo de Rivera a la proclamación de la República. Hubiese sido mejor haber estudiado los graves problemas sociales, políticos, económicos y de orden público con el problema religioso de fondo durante los gobiernos de Aznar y Berenguer que haber presentado el largo capítulo introductorio al que hemos hecho referencia líneas anteriores. Fue en este tiempo y en los años de la Dictadura primorriverista cuando cuajaron y se perfilaron las actitudes en contra de la Iglesia. Actitudes, que al fin y al cabo, marcarían el rumbo y devenir de la Iglesia española y también de la República.

Excesiva nos parece la atención prestada a asuntos que aunque tienen cabida dentro de este período como el papel de «Acción Española» (266-298), «El peculiar fascismo español» (340-354), «La carrera militar del general de División Francisco Franco Bahamonde» (417-423), «La destitución de Alcalá Zamora» y «La conspiración militar anticomunista» (466-494), dejan en la sombra la vida cristiana del pueblo, los esfuerzos de las órdenes religiosas para adaptarse a una nueva situación, los problemas económicos de los sacerdotes y de sus familias, las discusiones parlamentarias y sus repercusiones en la división del pueblo español, especialmente la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas.

En el segundo volumen se hace todavía más evidente la singular visión que Redondo tiene de la historia en general y de la historia de la Iglesia en España en particular. La mayor parte del volumen está dedicada al estudio de las siempre difíciles y delicadas relaciones de la Iglesia española con el Vaticano. Siendo este un problema muy importante y mereciendo atención y cuidado, nos parece exagerado, cuando otros lo han hecho, que el autor le dedique los tres capítulos más largos

y enjundiosos de los siete que constituyen el volumen: capítulo segundo: «La actitud de la Santa Sede ante la Revolución. IX/XII.1936» (85-189); capítulo tercero: «Las dificultades del reconocimiento diplomático vaticano. I-VII-1937» (191-324), y capítulo quinto: «Las precauciones de la Santa Sede». III/XII-1938). Olvidándose de la vivencia de la guerra por el pueblo cristiano fiel, de la suerte de las órdenes y congregaciones religiosas, de la labor de los eclesiásticos en los frentes y en las retaguardias, del porvenir del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia, de los deseos de paz de muchos cristianos de a pie y de las manifestaciones religiosas o antirreligiosas de gran parte del pueblo español.

Nos parece que Redondo, siguiendo los planteamientos del prólogo, ha escrito una historia demasiado eclesiástica, en el que el protagonismo lo siguen teniendo los eclesiásticos y sus adláteres y una historia en la que a través de sus páginas—todo el prólogo, los comienzos y finales de cada capítulo y tramos como el contenido en las páginas 401-404 del primer volumen y abundantes notas— se adivina cierta indoctrinación en la que el autor cae siempre que se olvida del análisis frío y desapasionado de los hechos.

A pesar de las críticas vertidas, creemos que la obra de Redondo viene a rellenar, con todas las precauciones necesarias, un hueco que hasta ahora nadie se había atrevido con él. Su aparato crítico, su abundante y bien seleccionada bibliografía, sus interesantes y acertadas ilustraciones, su impecable impresión, excepto el índice general del segundo tomo, la avalan como una obra a tener en cuenta.—ALFREDO VERDOY.

ANA YETANO, *Las Iglesias Cristianas en la Europa de los XIX y XX*, vol. I, Editorial Síntesis, Madrid 1993, 159 p., ISBN 84-7738-168-2.

Ana Yetano, sabedora que lo religioso ha encontrado históricamente dentro de las iglesias la articulación necesaria para haberse presente hasta dirigir y encauzar los destinos no sólo de la Europa y del mundo de la modernidad, sino del momento actual, quiere ofrecernos en esta síntesis un panorama global y conjunto de las iglesias cristianas: anglicana, protestante y católica.

La originalidad de este libro estriba en la disposición con la que autora, con desigual suerte y siempre en excesiva dependencia de autores anglicanos, protestantes y católicos como A. Armstrong, Trevelyan, A. R. Vidler; E. G. Leonard, J. Macquarrie y R. Aubert, G. Martina y Marc Bonnet, ha sabido enfrentar a cada una de estas iglesias frente a problemas comunes: el ascenso de la cultura moderna, el liberalismo político, los nacionalismos, los avances científicos y de crítica textual... para mostrarnos desde dentro y al hilo de las respuestas dadas a éstos la singularidad, características y devenir particular de cada una de ellas.

En la metodología y en el planteamiento de la autora se busca un relanzamiento de la cultura y de la historia de la Iglesia sin más, además de un intento de disminuir la importancia de la Iglesia Católica. Echamos, con todo, en falta que al final de cada uno de los capítulos no nos ofrezca un apartado de tipo conclusivo en el que aparezcan globalmente los resultados e incidencias sufridas por cada una de estas iglesias en sus respectivos enfrentamientos. Igualmente notamos un estilo demasiado premioso y una redacción necesitada de ciertos retoques.

El mayor mérito de este libro es que pone al lector con demasiada insistencia, a veces, en contacto con las mejores historias de cada una de las iglesias.—ALFREDO VERDOY.

ALBERTI MAGNI, Ordinis Fratrum Praedicatorum, *Opera omnia*, Tomus IV, Pars II, *Physica*, Libri 5-8. Edidit Paulus Hossfeld, XXXVII+401 ad 772 p. (Huius editionis numerus currens 23), Tomus XVII, pars II, *De causis et processu universitatis a prima causa*, Edidit Winfridus Fauser S. J., XXXIX+347 p. (Numerus currens 20), Tomus XXV, Pars II, *Quaestiones*, Primum pleno numero edidit Albertus Fries C. SS. R. (+) Manum postremam comiter imponentibus W. Kübit et H. Anzulewicz, LVII+363 (numerus currens 21), Tomus XXXVI, Pars I, *Super Dionysium. De caelesti hierarchia*, Ediderunt Paulus Simon (+) et W. Kübel, IX+376 p. (numerus currens 22), Monasteri Westfolorum in Aedibus Aschendorff, Aschendorffer Verlag, Münster 1993.

El último volumen publicado de esta magnífica edición de obras completas de S. Alberto Magno fue la primera parte de la *Physica* en 1988 y sólo cinco años después se publica ya la segunda parte. La recensión, en esta misma revista, de los cuatro volúmenes publicados ese año, la hizo el Profesor Augusto Segovia, ya casi nonagenario y recientemente fallecido. Sólo cinco años después vuelven a aparecer otros cuatro volúmenes con las mismas características que los anteriores. La segunda parte de la *Physica* es del mismo editor, que ha podido así ver culminada su ingente tarea. Los criterios de edición del texto son, naturalmente, los mismos que en el tomo anterior. La edición de este segundo volumen está enriquecida con un amplio índice, de más de cien páginas, de materias y palabras, además de los índices conocidos de citas, etc.

El tomo XVII, pars II, *De causis et processu universitatis a prima causa*, tiene ya un prólogo sobre la autenticidad, de la que no hay duda, y de la fecha de composición, que sí es insegura, aunque se puede situar entre 1264 y 1268. De las dos partes de la obra, solamente la segunda es comentario al Liber de causis. La primera parte contiene un tratado completo de teología natural, con una interesante sección histórica en la que trata de los epicúreos y los estoicos (=platónicos). Aquí, especialmente, son de agradecer las precisas referencias del segundo aparato crítico. El aparato de variantes es aquí especialmente amplio, dado el número elevado de códices utilizados (38, de los cuales 31 son completos). El volumen tiene, además, unos índices que ocupan en total 145 páginas, de las cuales 129 son de palabras y conceptos, lo que significa una ayuda extraordinaria para la investigación.

A diferencia del anterior, para el tomo XXV, pars II, *Quaestiones*, sólo el códice vaticano tiene las cuestiones completas. Esto facilita, aparentemente, la misión del editor, pero en el fondo la hace bien complicada, precisamente por la imposibilidad de corregir, con otros códices, las posibles erratas. Hay dificultad también en establecer la autenticidad de las cuestiones, pues, fuera de dos, todas las demás aparecen como anónimas. Los editores, que se encargaron de terminar del todo la edición después del fallecimiento del editor, han añadido una introducción a cada una de las cuestiones. El *De origine animae* se puede considerar como una embriología escolástica y en este sentido tiene una especial actualidad. Las *Quaestiones* no están editadas en las ediciones anteriores de obras completas.

El tomo XXXVI, pars I, pertenece a la serie de comentarios de Alberto Magno sobre Dionisio. Otros dos volúmenes han sido ya publicados (tomo XXXVIII, 1972 y 1978) y por eso los problemas de autenticidad, etc., pueden ser omitidos aquí. Los códices descritos por el editor son doce. Al presidente del Instituto, W. Kübel, hay que agradecer tanto en este tomo como en otros varios de la colección, el que los haya llevado a feliz término, cuando ya habían fallecido los editores. Los excelentes índices, concretamente, han sido elaborados por él.

Una vez más hay que felicitar al Institutum Alberti Magni Coloniense por la ingente tarea realizada en estos cinco años y esperamos que siga trabajando a ese ritmo.—RICARDO FRANCO.

MERCEDES NAVARRO, *Barro y aliento. Exégesis y antropología teológica de Génesis 2-3*, Ed. Paulinas, Col. Biblioteca de Teología, Madrid 1993, 451 p.

No es frecuente encontrar en el panorama bibliográfico español un estudio como este que reúna tres elementos de particular interés. El primero es su contenido: un ensayo de *antropología teológica* a partir de uno de los relatos de creación «puntos de referencia constantes a los que acude una generación tras otra con la óptica que aporta cada momento histórico para realizar una lectura y encontrar claves nuevas, referencias diferentes, matices distintos».

El segundo, la metodología elegida, muy novedosa aún entre nosotros a pesar de sus treinta años de existencia: la *narratología*.

El tercero, la doble perspectiva que nos ofrece M. Navarro: la de la exégesis bíblica y la de la psicología.

Una precisión a hacer es que no estamos ante una exégesis feminista, estrictamente hablando, pero hay en él «un cierto énfasis en lo que a la mujer se refiere», en palabras de la autora, que desea «valga como equilibrio en la balanza histórica y sirva de contrapunto en algunas cuestiones ante una larga y fija interpretación de lo que se ha pensado acerca de la mujer en este relato».

La introducción contextualiza Gen 2-3 y justifica su división en tres episodios a los que en la primera parte denominará:

Episodio I: La emergencia de la vida (Gen 2,7-25).

Episodio II: El surgimiento de la autonomía humana (Gen 3,1-7).

Episodio III: La finitud del ser humano y la vida fuera del jardín (Gen 3,8-24).

En la primera parte, dedicada al estudio exegético, analiza cada episodio siguiendo los pasos de la metodología narratológica:

Cada una de las escenas del episodio es analizada a partir de la organización y comentario narrativos del espacio, del tiempo y de los personajes, de la focalización del narrador y de las relaciones entre éste y el lector.

Los capítulos 2 y 3 de Génesis presentan una dificultad inicial de la que la autora es plenamente consciente y que reside en esquemas de lectura muy viciados, en una pretendida rapidez perceptiva que nos hace leerlos creyendo que estamos en un terreno conocido y que no nos permite cambiar nuestros viejos prejuicios. Es cierto que han sido objeto de numerosísimos estudios, pero se han leído también demasiadas veces desde posturas muy ideologizadas y tópicas que han llegado a las de muchos términos que van revelando sus dimensiones insospechadas. La sensación que se tiene al final de esta primera parte es la de agradecimiento por haber podido disfrutar de la belleza de una narración que uno creía saberse de memoria y que ahora, desde claves nuevas, ha leído como si fuera la primera vez.

La segunda parte está dedicada a la antropología teológica y en ella se sistematizan los datos recogidos de la exégesis narrativa precedente.

Estudia al ser humano desde tres ángulos: el de su *constitución*, su *proceso* y su *emergencia a la conciencia* y es aquí donde la reflexión resulta más original, más sugerente y más provocadora de nuevas significaciones, enriquecidas muchas de ellas desde el campo de la psicología profunda, tan familiar para la autora.

Algunos ejemplos especialmente interesantes de cada uno de los tres capítulos:

- la metáfora «del polvo del suelo» como evocadora, desde el contexto de horizontalidad, del elemento espiritual del ser humano: la infinitud no es una realidad posterior o añadida con el siguiente elemento, sino que ya está presente en la imagen (p. 299); la respiración como dimensión humana que remite a la misma intimidad de Dios y su comunicatividad que surge de su receptividad y carencia estructurales (p. 308-309); la *nephest* viviente como hueco que señala al ser humano su condición deseante, anhelante y limitada a la par que relacional (p. 319);
- el carácter gradual y procesual del relato de creación: Dios ha llevado a cabo sólo el comienzo de la vida humana. Entre esta realidad incipiente, con todos los ingredientes para el crecimiento y su realización concreta, está el proceso que implica madurar y la libertad. En el proceso de pasar de ser viviente a ser persona, con nombre propio, y, por tanto, con historia, se jugará su libertad (p. 322-323); la mujer desarrolla iniciáticamente la actividad del lenguaje que hace posible la autonomía como adquisición humana (p. 340-341); la acción de Dios, trabajando la indiferenciación, hiriéndola, dejando allí un hueco, construye la reciprocidad entre la mujer y el varón (p. 354);
- el ser humano de Gén 2,7-20 sujetado por la Palabra y perteneciendo a la misma idea de un Dios creador. No creado de la nada, ni siquiera en primer término del polvo o barro del suelo, sino del deseo hecho palabra de Dios. Antes de estar en las manos alfareras que lo modelan está el deseo de Dios que lo nombra (p. 373); el acceso a la conciencia bajo el signo de la vida y de la muerte, el conocimiento que pasa por la limitación y el riesgo (p. 376); la mujer haciendo la experiencia de ese riesgo, desempeñando el papel de iniciadora y concienciadora (p. 384); el ser humano en búsqueda incansable de lo que le precede, buscando el sentido de los huecos que dejan sus huellas: las huellas de su palabra, de su pensamiento, de sus objetos de amor, de sus creaciones y Dios encargándose de guardar y ocultar ese camino para preservar la conciencia lúcida de la finitud que hace humana a toda persona (p. 399); cada uno de los seres humanos salidos del jardín es ya ineludiblemente, con su mortalidad, un ser consciente, de vida biográfica, de conciencia histórica, de protagonismo libre. Es un sujeto de la palabra. Y ésta es la obra de Dios (p. 420).

Un precioso epílogo justifica la necesidad de una antropología teológica basada en la narración, ese elemento constitutivo de la conciencia humana que, como ella da cuenta de lo que es un ser humano.

El proyecto de la obra era ambicioso y la autora es consciente de que el método, que ofrece muchas posibilidades, limita también por coherencia metodológica. Es verdad, como también reconoce, que quedan muchas cuestiones abiertas, muchas claves sin seguir, y muchas posibilidades para otros métodos, pero al terminar la lectura del libro, el/la lector/a puede afirmar que el intento ha valido la pena y que el resultado es espléndido.—DOLORES ALEIXANDRE. U. P. Comillas.

J. M. ABREGO DE LACY, *Los libros proféticos*, Verbo Divino, Estella 1993.

Este libro pertenece a la colección «Introducción al Estudio de la Biblia», emprendida por la Institución San Jerónimo y la Editorial Verbo Divino, y, como recuerdan su autor y el coordinador del consejo de redacción, J. M. Sánchez Caro,

había sido encargado al profesor Gregorio Ruiz de la U. P. Comillas. Al morir éste en accidente en 1986, J. M. Abrego se hizo cargo del volumen que reconoce en el prólogo haber querido «expresar en términos de *levirato editorial* mi admirado y fraterno cariño hacia “Goyo”».

Lo mejor que podemos decir de este libro es que cumple con creces su misión de «animar a un acercamiento directo al texto profético». Existen, en efecto, buenas introducciones en castellano a los profetas bíblicos, pero el acierto de ésta, aparte de su claridad y su tono pedagógico, es su intento bien conseguido de ofrecer al final de cada capítulo una serie de ejercicios prácticos que sirvan de guía al lector para adentrarse él solo por los textos proféticos.

Cada capítulo, dedicado a un profeta concreto, ofrece, en primer lugar, una bibliografía breve pero bien actualizada, una panorámica histórica de la época, una presentación de su personalidad y un «paseo con guía» a lo largo de su libro. Algunos de los textos son leídos con mayor detenimiento, subyugando algunas pautas estructurales que, en palabras del autor, «sirvan de andaderas al lector, individual o en grupo, de modo que sea él quien elabore su propio método de lectura.

El último capítulo, «Significado y verdad de los profetas bíblicos», organiza en una reflexión final, quizá demasiado breve, las respuestas que la investigación e interpretación del fenómeno profético ha ido dando a lo largo de muchos años a las preguntas sobre lo que fue el profetismo en Israel, sobre las personalidades proféticas y sobre sus relaciones con otras instituciones veterotestamentarias.

En casi todos los cursos sobre profetismo surgen personas deseosas de seguir profundizando en el tema pero que, por un lado, no pueden asistir a clases y, por otro, se sienten perdidos a la hora de acceder solos a la lectura de los textos. Creo que la aportación de J. M. Abrego es excelente para acompañar este camino y para hacer avanzar en este contacto con la Palabra que da vida.—DOLORES ALEIXANDRE. U. P. Comillas.

- X. LEON-DUFOUR, *Lecture de l'Évangile selon Jean*, tomo III, Éditions du Seuil, París 1993, 20,5×14 cm., 322 p.

El prestigioso exegeta Léon-Dufour ha emprendido una nueva andadura con este tipo de lectura de Juan. Señalaba en el primer volumen su pretensión de acercarse al pensamiento del autor aparcando algunas cuestiones que son propias de un comentario y que a veces retrasan la llegada al contenido y en no pocas lo oscurecen por la diversidad de opiniones. El quiere ofrecernos el pensamiento de Juan con más inmediatez. También señalaba allí que admitía en la comprensión de Juan un principio nuevo, el del simbolismo; a la idea de O. Cullmann y L. Cerfaux que distinguen los dos planos de lectura en Juan: el del tiempo del Jesús histórico y el del pascual, él añadía la dimensión simbólica. Es evidente que esta perspectiva, entendida como un principio general de todo el evangelio, abre horizontes nuevos a su comprensión, aunque luego, a mi parecer, nuestros autor no sea del todo consecuente con ella.

Este tercer volumen está por entero dedicado a los capítulos 13-17. El autor lo titula *les adieux* del Señor. Aquí hay menos posibilidades para realizar la lectura desde la clave del simbolismo, ya que son los pasajes más doctrinales. El autor mantiene que el tema central de esta sección se refiere a la constitución de la comunidad de Jesús. En esta parte Juan se muestra muy original; dedica ese tiempo, como con acierto señala el autor, a la instrucción de los discípulos. Ya es de

dominio común la dificultad que entraña la conexión de estos capítulos y las numerosísimas opiniones acerca tanto de su situación actual dentro del evangelio como de su composición. Léon-Dufour cree que los discursos del «adiós» han tenido tres ediciones sucesivas, que han ido profundizando el mensaje y el sentido de Jesús. Entiende el lavatorio de los pies fundamentalmente como *kénosis* de Cristo y programa para el discípulo. No convence mucho su interpretación de por qué Juan no refiere la Institución de la Eucaristía, aunque su argumentación responde a un buen conocimiento del evangelio de Juan y de toda la tradición neotestamentaria. Se leen, como hemos dicho, estos capítulos bajo el género literario de los discursos de despedida en cuatro momentos sucesivos: 1. realización de la alianza de Dios con su pueblo (13,33-14,31); 2. Jesús constituye la nueva comunidad (15,1-16,4*); 3. existencia escatológica en el Espíritu (16,4b-33); 4. coronamiento de las despedidas con el intercambio de Jesús con el Padre (17,1-26).

El contenido de estos discursos le permiten a Léon-Dufour desplegar sus conocimientos de Juan para ofrecernos reflexiones muy jugosas no sólo a lo largo de la lectura, sino también en esos espacios que él abre a propósito para estas reflexiones. No hace falta señalar que, aunque expresamente nuestro autor no pretende elaborar un comentario, se mueve en un terreno de gran seriedad intelectual con citas muy selectas de autores reconocidos. En muchas de sus afirmaciones se adivina un trasfondo muy rico de información, que deja entrever su autodomínio para no exteriorizarla. Finaliza la lectura con una larga cita de Juan de la Cruz, tomada de la canción 39 del Cántico espiritual.

Creo que la obra nos permite acercarnos a la espiritualidad de Juan —de mística habla Léon-Dufour— desde una exégesis seria, escrita en un lenguaje claro y conciso.—S. CASTRO. U. P. Comillas.

A. DALBESIO, *Quello che abbiamo udito e veduto. L'esperienza cristiana nella Prima lettera di Giovanni*, Edizioni Dehoniane, Bologna 1990, 24×16,5 cm., 267 p.

La presente obra contiene sustancialmente la investigación presentada en el Estudio Bíblico Franciscano de Jerusalén para la obtención del grado de doctor en Teología bíblica. En vistas a la publicación algunos puntos han sido reelaborados. El tema de la experiencia encaja perfectamente en la primera carta de Juan, pues es un escrito que remite frecuentemente a ella y ofrece no pocos criterios de discernimiento. Por otra parte, la experiencia religiosa como tal, no como mera fenomenología de la religión de Israel o del cristianismo, es un tema que está poco estudiado en la Escritura. Hoy que los grupos religiosos de las más diversas creencias remiten a este aspecto, esta investigación responde a una necesidad y viene a llenar un vacío en el campo de la Biblia. El hecho de que el mundo oriental haya invadido el occidente cristiano y haya tenido una acogida tan positiva acusa implícitamente a los biblistas de haber infravalorado este campo después de haber tenido a su disposición numerosos métodos de interpretación de la Biblia, algunos de los cuales, sin duda, les invitaban a caminar en esa dirección. Todavía la exégesis teme a la palabra mística. El hecho de una investigación de este tipo está más que justificado.

Para que el lector se haga cargo de este excelente estudio resumiré brevemente en primer lugar su contenido pasando en seguida a emitir un juicio más reposado del mismo. Ante todo hay que tener presente que no se estudia toda la carta, sino sólo determinados elementos del texto que se refieren más particularmente a la

experiencia y que de alguna forma engloban todos los demás. El análisis de estos pasajes se hace en profundidad, situándolos exegéticamente dentro del contenido general y estudiándolos a fondo luego individualmente.

Componen la obra siete capítulos, que abordan los temas siguientes: concepto filosófico de experiencia, experiencia religiosa bíblica, criteriología de la experiencia cristiana en la carta de Juan, estructura eclesial de la experiencia, los sentidos espirituales, fundación de la experiencia cristiana en la fe y el amor y la certeza del creyente. Además de estos capítulos varios *excursus* permiten al autor clarificar ciertos aspectos que pudieran parecer marginales dentro de cada capítulo, pero que se revelan muy esclarecedores para determinados puntos.

El primer aspecto a dilucidar indudablemente es el del sentido de la experiencia. No acabo de ver por qué el autor habla de precisiones filosóficas sobre la experiencia, ya que luego en la bibliografía y en la propia elaboración son principalmente los teólogos los protagonistas principales. Yo creo que tendría que haber abordado primordialmente la experiencia desde el campo de la mística, aunque para su discernimiento hubieran intervenido otras ciencias. Estoy convencido de que en la carta de Juan hay mística, aunque no formulada al modo de la mística clásica. Esto ha hecho, a mi modo de ver, que a pesar de que el autor ha compuesto un trabajo magnífico no ha logrado entrar del todo en la experiencia religiosa profunda. Así, cuando determina en última instancia los constitutivos de la experiencia religiosa, dir: «Il Trascendente, no può essere *direttamente* presente all'uomo nel senso di un contatto immediato di essenza ad essenza» (p. 27). Esto es algo que niegan los místicos, que hablan de transformación del hombre en Dios, y de Dios que «toca» el más profundo centro del hombre.

El capítulo dedicado al estudio de la alianza profundiza cuanto ésta tiene de comunión con Dios, de relación y de conocimiento. Hubiera sido mejor hacerla ver en sujetos particulares, no en la comunidad en general, pues la experiencia religiosa profunda se realiza en cada sujeto de distinta manera. Así, decir que Israel experimenta determinadas cosas, es decir mucho y no decir nada. ¿Hasta qué punto se puede hablar de la experiencia de un pueblo en el sentido profundo de la misma? Hay que reconocer que en el análisis de los conceptos que constituyen la alianza el autor afina y precisa las conclusiones desde un gran dominio del lenguaje, permitiendo entrever que éste remite a un contacto intenso con Dios, que luego Juan pondrá de relieve de forma particular.

Es sabido que en la 1.^a de Juan no aparece la palabra alianza, aunque, sin duda, su temática atraviesa de una parte a otra la carta. Lo esencial de ésta es poner de manifiesto que Dios es comunión. Todo el proceso de revelación objetivado en Jesucristo se dirige a hacerle posible al hombre una estrecha relación con Dios, que Juan denomina comunión, relación íntima. Piensa el autor que a esto conduce el análisis del esqueleto estructural que sustenta el tejido literario del escrito joánico. Esta comunión que genera conocimiento y amor se expresa en la guarda de los mandamientos. Creo que no se insiste aquí lo suficiente en que ese cumplimiento es una exigencia gratuita que brota del nuevo ser; una cierta connaturalidad con el ser mismo de Dios.

Un paso más y se sitúa la experiencia cristiana dentro de la estructura eclesial. La carta habla expresamente de un conflicto comunitario y el autor trata de señalar los indicios de la autenticidad de lo cristiano. Para ello nos ofrece una serie de criterios tanto negativos como positivos; ambas realidades, dado el tenor del escrito, no se inscriben dentro de la ideología, sino de la sensibilidad profunda, es decir, de la experiencia. Y aquí inserta nuestro autor un estudio muy rico, a mi juicio,

de Jn 1,1-4, donde la experiencia de Cristo alcanza la percepción sensorial, auditiva, visiva y táctil, que implica una experiencia más profunda, que trasciende la sensibilidad propiamente dicha, aunque los sentidos hayan quedado como empalagados por ella; y esa experiencia ha sido no de un individuo, sino del grupo entero que vivió con Jesús. Para el autor de la carta esa percepción es determinante, constituye el criterio absoluto de discernimiento; experiencia fundante de una comunidad, que ofrece, además, un criterio global de discernimiento: el de Jesucristo, venido en carne.

Este capítulo deja pendiente una pregunta. ¿Qué representan los sentidos en la percepción de Cristo? Por eso con todo acierto se pasa a estudiar lo que se ha venido en llamar los sentidos espirituales, que no expresan únicamente una realidad metafórica, sino experiencia concreta en modalidad plural. Juan asume aquí la concepción unitaria de la antropología bíblica, en la que cada percepción conmueve el centro del hombre; el hombre se siente como tal en cualquiera de ellas. Antes de analizar la dimensión experiencial de cada uno de los sentidos en Juan el autor hace un recorrido rápido por la literatura bíblica y extrabíblica. Sigo pensando que el recurso a la experiencia mística hubiera ampliado y clarificado también en este punto la experiencia que se trasluce en la 1.^a de Juan; ello no hubiera supuesto introducir un principio extraño a la exégesis, sino sólo una perspectiva de referencia. Este aspecto se pondría más de relieve en el capítulo dedicado a la fe y al amor donde el autor con acierto demuestra tanto desde el análisis de la estructura literaria de ciertas perícopas como de la estrecha relación del doble movimiento fe-amor la mutua permeabilidad de estas dos realidades, cuyo epicentro se halla en la experiencia de Cristo, que produce comunión con Dios, y una visión singular del otro, al que el cristiano se siente vinculado con la misma relación afectiva-vital que a Dios mismo. Aunque el capítulo que aborda estas actitudes es largo el autor ha ido a lo esencial; creo que a través de textos paralelos de la misma carta pudiera haber sacado mejor partido.

Concluye con la investigación con el tema de la certeza del creyente, tomando como base de análisis 5,18-20. El autor mantiene que esos versículos resumen las afirmaciones más fuertes de la carta. Hablan de un conocer cierto, seguro, que se realiza a través de dos verbos: *γινώσκειν* e *εἰδέναι*, que parece indican un proceso de conquista de la certeza: se ha llegado a un conocimiento de la realidad cristiana que se ha realizado en la historia y ésta se ha convertido en certeza absoluta para el creyente; su vida se mueve en la seguridad total.

Al finalizar nuestro recorrido por la obra, nos vemos obligados a confesar que estamos ante un excelente trabajo exegético; que se ha realizado un análisis pormenorizado de numerosos términos en los que se nota la dificultad que el autor del escrito inspirado ha encontrado para hacer que consiguieran revelar el dinamismo experiencial que transportan. Se ha demostrado también la gran dosis de experiencia a la que remite el escrito y se ha puesto de manifiesto que estamos necesitando de estudios similares de otros textos bíblicos. Sigo, sin embargo, pensando que se podía haber llegado más lejos todavía, si como ya he observado, se hubiera buscado un punto de referencia con la mística posterior cristiana. En Juan existe esto mismo, aunque velado por una terminología bíblica y por una catequesis cuyo objeto principal consistía en lograr mantener la comunión, *κοινωνία*, entre los miembros de la comunidad.—S. CASTRO.

FRATERNITÀ CARMELITANA DI POZZO DI GOTTO (ed.), *Maria, icona della tenerezza del Padre, La spiritualità mariana nell'esperienza del Carmelo*, Ediz. Augustinus, Palermo 1992, 235 p.

Este volumen es el tercero de la colección «Theologia», que dirige Francesco Conigliaro. En él se recogen los estudios presentados en el segundo congreso carmelitano celebrado del 28 de agosto a 2 de setiembre de 1988 en Sassone (Roma).

También al marianismo de la orden carmelitana le impactó la crisis sufrida por la devoción a María en los años de pre- y post-concilio, los participantes en este congreso han intentado profundizar en las bases teológicas de la devoción a María, en concreto bajo la advocación del Carmen, y abrir nuevos caminos para su práctica en consonancia con las nuevas corrientes culturales y teológicas.

Para ello los autores recorren cinco itinerarios: bíblico-teológico, histórico, espiritual, litúrgico y del carisma. En cada itinerario se intenta hacer una relectura de los distintos aspectos del carisma carmelitano por medio de relaciones: estudios extensos sobre el tema, y de comunicaciones: estudios complementarios sobre puntos muy concretos.

En general los autores intentan, sobre todo en sus perspectivas de futuro, seguir las orientaciones del Concilio Vaticano II y de los documentos del Magisterio, en especial de la MC y la RM. Pretenden con ello potenciar y orientar la devoción a la Virgen del Carmen dentro de los parámetros de una teología renovada, para purificar en ella lo que pueda parecer fruto de la leyenda o del sentimentalismo.

Es evidente, como afirma la introducción, que la espiritualidad cristiana consiste en la muerte del hombre viejo para vivir la nueva vida en Cristo, que es comunión con el misterio trinitario. En esta perspectiva María es la imagen perfecta del cristiano porque en ella se llevó a cabo la unión más perfecta del hombre con Cristo, punto central del misterio de la Iglesia.

Con este estudio la entera familia carmelitana podrá renovar los fundamentos teológicos y las prácticas revocionales a la Virgen del Carmen. Para los estudiosos de la Mariología este volumen será una valiosa ayuda para comprender la importancia de María en la espiritualidad cristiana. Porque, según la introducción, lo que se pretende con estos estudios es crear en el lector «la actitud típica del discípulo amado d Jesús (Jn 19,27): la acogida de aquélla que como “icono de la ternura del Padre” es el testigo más auténtico de la presencia del Misterio en el itinerario d la fe de todo creyente».—ALEJANDRO MARTÍNEZ SIERRA, S.J.

J. JOSÉ ALVIAR, *Klesis. The theology of the Christian vocation according to Origen*, Four Courts Press, Dublín 1993, 228 p., 24×16 cm., ISBN 1-85182-104-X.

El autor, profesor de Teología Dogmática en la Universidad de Navarra, lleva a cabo su estudio, por supuesto en un contexto patrístico, en cuanto referido a la obra de Orígenes; pero también en el cruce de perspectivas procedentes, por una parte, del ámbito apolagético y, por otra, del terreno de la espiritualidad. El primero resuena en cuanto que de lo que aquí se trata es de explorar el concepto originarista de la llamada al cristianismo, lo cual exige establecer los aspectos donde el alejandrino sitúa la plausibilidad de esta religión, que la haga atractiva a quien se acerque a ella. Pero el segundo aparece inmediatamente como inexcusable, ya que la vocación cristiana implica indisolublemente una llamada a la santidad y, por lo tanto, una forma de situarse en el mundo. La investigación rastrea cuidadosamente un cuan-

tioso material, valorable en ese sentido, en el conjunto de las obras de Orígenes, tanto en las de orientación especulativa como en las ascéticas; una empresa que exige fina capacidad de búsqueda y rigor en el empleo del método adecuado, si se tiene en cuenta que Orígenes no sistematiza sus abundantes pensamientos en torno al tema. El estudio parte de la consideración de los fundamentos antropológicos de las posturas origenistas, y se apoya sustancialmente en sus capítulos centrales en los términos *klesis-kaleo/vocatio-vocare*; pero, sin contentarse con el análisis filológico, fija también su atención en otros muchos pasajes en los que tales conceptos no aparecen directamente y que, sin embargo, son fecundos para la perspectiva que se quiere obtener. La conclusión valora la aportación del alejandrino en cuanto ésta no es producto de una fría erudición, sino que brota de un conocimiento connatural obtenido a través de una búsqueda personal de la santidad.—
J. A. B.

WOLFGANG HUBER, HANS-RICHARD REUTER, *Etica della pace* (Biblioteca di teologia contemporanea, 76), Queriniana, Brescia 1993, 563 p., 23×16 cm., ISBN 88-399-0376-3.

Publicado el original de esta obra en 1989, la incorpora ahora la siempre alerta Editrice Queriniana a su colección. No hace falta decir que el tema sigue siendo eminentemente (y habría que añadir, lamentablemente) actual en un mundo devorado por la violencia y donde, por lo tanto, se hace necesario y es bienvenido todo respaldo sólidamente intelectual portador de principios que coadyuven a sustentar actitudes y realizaciones pacifistas. Los autores muestran la mejor capacidad y adecuación de sus conocimientos, en su ordenación, en la incorporación de la bibliografía más conveniente. En tres grandes partes se presentan, respectivamente, los modelos de paz a lo largo de la historia, la exigencia de paz en la era atómica y la responsabilidad por el futuro de la paz. Pasado, presente y porvenir forman, pues, el entramado en que se sitúan las aportaciones de los autores en torno a armamentismo y derechos humanos, al derecho a la objeción de conciencia y a las exigencias de la reconciliación, entre tantos otros conexos. El panorama es completo; y el título de *Etica* sólo creará expectativas descaminadas a quien olvide que en el esquema académico protestante, tal disciplina pertenece a la teología como una de sus partes integrantes. El tratamiento, por consiguiente, no deja a un lado las consideraciones de la razón filosófica e incluso las de las conveniencias políticas, pero está más próximo de lo que entre nosotros llamaríamos una moral social; y en tal área ejercen de hecho su docencia los autores. De aquí que se incluyan referencias estrictamente teológicas y, muy laudablemente coherente con la orientación conscientemente ecuménica que se propone asumir, estudie también los documentos más significativos procedentes del catolicismo, sobre todo de pontífices y episcopados. Autores y editorial merecen toda clase de felicitaciones y gratitud por esta excelente síntesis y su ponderada elaboración.—José J. ALEMANY.

RICHARD CLEAVE, *BasLand der Bibel erleben*, Die Deutsche Bibliothek, Hänssler Verlag, Neuhausen-Stuttgart 1992.

Dentro del panorama de los libros-guía que introducen en la Geografía de Tierra Santa, podría considerarse éste uno más. En realidad abundan aquellos pródigos en mapas y fotografías que sirven al desconocedor de la realidad física del antiguo Israel para entrar en contacto con una Tierra bien conocida a través de los textos, pero desconocida a través de los sentidos. Sin embargo, el presente volumen tiene una novedad innegable que le proporciona un interés y una importancia notables. Esta estriba en la calidad de las fotografías tomadas desde satélite.

Probablemente nunca antes se había logrado que el lector pudiera recibir la sensación de la geografía real, y de su conexión con la historia que en ella se ha desarrollado, con la viveza y claridad con que ahora se consigue. El material gráfico es excelente, y hace posible el reconocimiento de cada valle, de cada río o plegamiento, donde tuvo lugar determinada batalla, o donde sucedió algún histórico encuentro. Quizá de mayor utilidad aún resulta la posibilidad del seguimiento de cualquier itinerario de los muchos que suceden a lo largo del texto bíblico.

Junto al excelente material gráfico ha hecho figurar el editor unos breves (¿quizá demasiado breves?) textos. Constituyen éstos una importante ayuda para la comprensión de la fotografía cartográfica con sus dos partes bien diferenciadas: Una de mera guía o puerta de entrada al contenido gráfico, y una segunda de resumen histórico-bíblico altamente pertinente y seriamente anotado con las fuentes y con una puntual bibliografía.

Indudablemente el lector que desee obtener una cabal conexión entre el mundo de la imagen fotográfica, y el que refleja la lectura directa del Libro Sagrado tiene en este libro una incomparable ayuda. El que desee simplemente obtener el gozo de la contemplación estética de una nueva visión de parajes de gran belleza, tampoco quedará defraudado.—LUIS LÓPEZ-YARTO ELIZALDE.